

LUIS OLARIAGA

**PASADO, PRESENTE Y FUTURO
DEL DESARROLLO**

Pasado, presente y futuro del desarrollo

por el Académico de número

Excmo. Sr. D. LUIS OLARIAGA (*)

Preferiría no tener que insistir en un tema tan arriesgado como el del desarrollo, en una atmósfera nacional en la que la elevación del nivel material de vida a marchas forzadas se ha convertido en dogma inescrutable y garantía del movilismo, y, sobre el cual, además, nos han ilustrado con tanta amplitud de conocimientos los compañeros que me han precedido en el uso de la palabra. Pero esta terquedad mía de economista viejo que se resigna a todo menos a dejar de seguir explorando en su oficio y justamente en el asunto que me ha traído más preocupaciones en mis últimos años de profesor me obliga en conciencia a no perder la ocasión de manifestar mi opinión en el problema más hondo y más grave de mi profesión; advirtiéndome, eso sí, que mi disertación tiene carácter general y no es de aplicación concreta sino a países que se considera ya desarrollados y se refiere al período de desarrollo acelerado de los últimos 25 años.

Lo que llaman los economistas desarrollo

Empezaremos por ver a qué se llama desarrollo. Es este uno de los conceptos que titulaba Keynes conceptos ómnibus porque acogen bajo su techo muchos pasajeros (y no todos admisibles) con un común denominador. Los economistas lo emplean, por regla general, para designar el incremento del producto nacional bruto, mediante la amplia-

(*) Disertación en junta del martes, 6 de marzo de 1973.

ción del capital fijo —maquinaria, equipo, caminos y puertos— y de los stocks existentes. Pero el desarrollo, en el aspecto estrictamente económico, no es sólo eso sino que va unido a mejor distribución de los recursos, a innovaciones tecnológicas, a perfeccionamiento educativo; y, en países tropicales, por ejemplo, a combatir el estrago que en la productividad agrícola causan la malaria, la tuberculosis y otras enfermedades que producen estragos reduciendo, en momentos críticos, el número de trabajadores para los cultivos y que exigen médicos, enfermeras, productos farmacéuticos, investigadores, que no son de estimación por los economistas, por lo cual se imponen unas planificaciones del desarrollo que hay que adaptar para cada país y no simplemente imitar las de los países desarrollados, empezando por fabricar lo que es más fácil o que más conviene a empresas extranjeras que coadyuvan por su cuenta y razón.

En la revista "Finanzas y Desarrollo" que publican el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial, el Director del Instituto de Desarrollo Económico del Grupo del Banco Mundial, Andrew M. Kamarck, en el número 2 de 1971 prohijaba el siguiente párrafo de un libro de Dudley Seers en el que se dice: "de poco sirven los economistas cuando se trata de los problemas de los países en desarrollo y sólo llegan a ser útiles después de trabajar en ese campo algunos años, pero solamente si poseen una capacidad de adaptación poco común."

Esto de discutir la atribución preferente al economista para confeccionar planes de desarrollo lo amplían algunos destacados maestros de la ciencia económica moderna, hasta para la intervención con sus conocimientos teóricos, en la práctica económica y sobre todo en la esfera de gobierno. Así el famoso profesor ruso-americano Wassily Leontief en un discurso presidencial que pronunció el 29 de diciembre de 1970 en la reunión anual de la American Economic Association declaró su preocupación "no por la inoportunidad de los problemas prácticos a los que los economistas actuales dirigen sus esfuerzos, —son sus palabras— sino por la palpable insuficiencia de los medios científicos con los que tratan de resolverlos." Y añadía más tarde: "En ninguna otra materia se ha utilizado un mecanismo estadístico tan grande y complejo con resultados tan mediocres." Terminaba lamentándose de que en una Conferencia de Usuarios de Estadísticas Federales organizada en Estados Unidos hacía varios años "estaban representadas las empresas de negocios, la mano de obra y muchos otros grupos, pero no los economistas."

Claro que no es una genialidad aislada de una de las autoridades

más reconocidas de la Economía moderna, la de poner en entredicho la aplicación reverencial de la teoría a la práctica económica, sino que el no menos famoso profesor Milton Friedman, de Chicago, en otra reunión anual de la misma Asociación, celebrada en Nueva Orleans, en diciembre de 1971, dijo: "Creo que nosotros, economistas, en recientes años hemos hecho mucho daño a la sociedad en general y a nuestra profesión en particular, ofreciendo más de lo que podemos hacer. Hemos inducido a los políticos a hacer extravagantes promesas que promueven descontento aun siendo satisfactorios los resultados, porque éstos quedan cortos ante la tierra prometida de los economistas."

Coqueteos con la inflación

Esta última consideración del profesor Friedman puede parecer como suya, tendenciosa, dado su antikeynesismo, pero refleja una realidad que de seguro el propio Keynes no la habría patrocinado. Keynes no habría empujado a los políticos a menospreciar la inflación monetaria ni habría seguido a su amigo Harrod por el camino de teorizar la aceleración del desarrollo. El, sólo justificó una inflación de demanda puramente transitoria, para las crisis coyunturales, con el fin de reactivar la producción durante el reajuste de las rentas a los precios de equilibrio, pero no de mantener indefinidamente la producción a base de gastos públicos, con la inflación consiguiente, porque las empresas se fueran deteriorando con la progresión de los costes y mutilación de los beneficios.

Y no hablemos del sofisma de la tolerancia inflacionista de que economistas sin madurez abusan, de que el desplazamiento de renta de unos sectores sociales a otros, que la inflación produce, supone una mejor distribución de la renta nacional desde un punto de vista justiciero, puesto que del encarecimiento de la vida no se compensa a quienes viven de ingresos fijos sino a los que pueden elevar su renta subiendo los precios de sus productos, dejando en la cuneta al resto de los seres humanos. Que el nivel de vida ascienda en un país, por término medio de población, de 500 dólares a 1.000 o 2.000, no quiere decir que todos los habitantes de ese país obtienen tal porcentaje de mejora de su peculio, mientras no se varíe la escala de distribución de la agregada riqueza con arreglo a nuevas normas retributivas. Es uno de los espejismos que deslumbran, de la apariencia estadística, sirviéndose de entes abstractos como el ciudadano medio.

Pero hay otro equívoco en la cimentación social del desarrollo por los economistas. ¿De qué necesidades se parte para dar patente de perentorio e indispensable y hasta vender el alma al diablo, por sus presuntas aportaciones, al porvenir de un pueblo? Porque no hay que olvidar las consecuencias que va produciendo en la conciencia moral, en la relación familiar, en la disciplina social, en la fe religiosa, en la convivencia pacífica esa materialización de las ilusiones y de todo el repertorio de orientaciones de nuestra vida. Se comprendería tal dislocación y tal esfuerzo para alcanzar la satisfacción de las que puedan considerarse necesidades normales físicas más no para adquirir máquinas lavaplatos o automóviles que, además de ensuciar la atmósfera, abarrotan calles y caminos y hagan imposible la circulación que es imprescindible para el verdadero progreso.

Las nuevas necesidades

Las necesidades económicas humanas son inagotables y cuando se han cubierto las físicas normales de alimentación, vestido y vivienda surgen las psicológicas, que no se sacian nunca y que se van haciendo imperativas. Es decir, de lo que se trata en el desarrollo actual es de colmar ansiosamente todas las apetencias materiales que se nos antojen o que nos sugieran las naciones vecinas o nuestros productores. Otro gran economista, John K. Galbraith, escribe a este respecto en su libro "La Sociedad opulenta": "La teoría económica ha procurado trasladar el sentido de la urgencia de la satisfacción de las necesidades del consumidor, que se sentía en otros tiempos —en un mundo en el que una mayor producción suponía más alimentos para el hambriento, más vestido para el desnudo y más casas para los sin hogar— a un mundo en el que el incremento del producto satisface el ansia de coches más elegantes, de comida más exótica, de un vestuario más erótico, de diversiones más rebuscadas— en fin, del repertorio moderno completo de deseos sensuales, edificantes y mortales."

"Las modernas instituciones de la publicidad y la técnica de ventas establecen el enlace más directo entre la producción y las necesidades. No puede acomodarse a la noción de unos deseos espontáneos, ya que su objetivo primordial es el de crearlos, el de dar vida a unas necesidades que anteriormente no existían. Ello se consigue gracias a la actuación del productor de los bienes o a las órdenes que éste imparte. Existe una amplia relación empírica entre lo que se invierte en la

producción de bienes de consumo y lo invertido en la elaboración de los deseos que se experimenten por esa producción. Un nuevo artículo de consumo debe ser introducido con una adecuada campaña publicitaria para despertar un interés por el mismo.” Esto dice Galbraith.

La panacea de las deudas

Pero no se habría podido lograr esa aparatosa intensificación del consumo de todas clases que en el último cuarto de siglo se ha presenciado en la parte privilegiada del globo terráqueo, con la simple evolución de la renta sino que se inventó el disfrute por anticipado de lo que no podía comprarse más que a crédito y surgió en Estados Unidos la generalización de las ventas a plazos. En Estados Unidos era factible esa liberalización del crédito para vivir a lo rico antes de tiempo, porque se contaba con extensas riquezas naturales sin explotar, con capital europeo que facilitara recursos ilimitados para nuevas inversiones, con inmigración abundante de mano de obra y con posibilidades técnicas para alumbrar riquezas constantemente e incrementar las rentas para ir liquidando sin tropiezos las nuevas deudas; pero en otros países peor dotados, ese esfuerzo progresivo no podía intentarse sin crear graves problemas porque era muy difícil el constante e indispensable crecimiento de la productividad para hacer factible la cancelación de tales deudas, por escasez de recursos naturales que explotar, de ahorro que invertir y de técnica que aplicar con la necesaria urgencia para ir atendiendo a las exigencias del consumo a barullo y precipitado de los países privilegiados.

En los mismos Estados Unidos, el economista citado últimamente se lamentaba: “Uno de los peligros que presenta la forma de creación de necesidades en el momento actual se encuentra en el proceso afin de creación de deudas. La demanda del consumidor viene así a depender cada vez más de la capacidad y de la disposición de los consumidores para incurrir en deuda.

”Un aumento en la deuda del consumidor se encuentra casi implícito en el proceso actual de elaboración de necesidades. La publicidad y la emulación, las dos causas mediatas de deseo, actúan a través de la sociedad. Producen sus efectos sobre los que tienen medios y sobre los que no los tienen. La publicidad es una acción breve, pero necesaria sobre aquellos que carecen de disponibilidades, para estimular su deseo y hacer que éste repercuta en el mercado a través de un préstamo. La

relación entre la emulación y las deudas es todavía más directa. Cada comunidad tiene individuos cuya capacidad de pago varía enormemente. El ejemplo de los que pueden pagar ejerce una influencia inmediata sobre los que no pueden. Estos últimos deben incurrir en deudas si quieren mantenerse al mismo paso de aquéllos. El gran aumento en las deudas de los consumidores en nuestro tiempo ha sido considerado ampliamente como el reflejo de una modificación original o exclusiva de nuestras actitudes o de nuestra conducta popular. La gente ha modificado su posición ante la deuda. De este modo se ha producido un abandono, inexplicable pero verdadero, de las normas puritanas que exigían que una persona ahorrara primero para disfrutar luego." Esto que escribe Galbraith refiriéndose a Estados Unidos puede aplicarse a otras naciones. Es decir, que se viene espoleando al consumo de bienes innecesarios, y a veces extravagantes, por una producción que explota todos los afanes de emulación y de modernidad que pueden serle atractivos a un ser humano que haya cambiado su repertorio de estímulos culturales y de obligaciones morales por el disfrute de los goces sensoriales, anticipado por un cargamento de deudas que han de pagarse con un aumento de productividad constante.

Esa y no otra es la filosofía que sacramenta el proceso de desarrollo económico acelerado y no discriminado, en que ha venido sumiéndose el mundo civilizado en el último cuarto de siglo. Y no por ligereza irresponsable de los políticos, sino por un complejo de circunstancias que llevan desviada a la sociedad de su cauce civilizado y selectivo histórico y que han precipitado la conducta económica hacia una sima de confusión y de inestabilidad en la cual hay poca luz para crear teorías.

La teoría del desarrollo

No obstante, un selecto grupo de economistas se aventuró a apuntalar teóricamente la política de desarrollo: esa política a que indudablemente alude Friedman cuando se lamenta de que "los economistas han inducido a los políticos a hacer extravagantes promesas". Keynes llevó la ciencia económica, después de la primera guerra mundial, a un terreno más acorde con la evolución de la realidad socio-económica que la entonces vigente teoría clásica, y dio con ello luz verde a los Gobiernos para que hicieran gastos sin duelo en la ocupación total de las fuerzas productivas mediante inversiones que man-

tuvieran la demanda mientras redujeran sus actividades los empresarios privados por no poder dar salida a sus productos con costes elevados. Pero su amigo Harrod y otros cofrades suyos como Joan Robinson, Damar, Fellner, Tinbergen y Samuelson —por no citar sino a los más conocidos— procuraron aplicar el sistema a la prospección de un objetivo más ambicioso cual era el de forzar el crecimiento económico de los países y desorbitaron la función de la inversión poniendo en mano de los Gobiernos y de la creación del ahorro forzoso el factor impulsor de la economía, —que antes fluía del ahorro voluntario— y sustituyendo la mano de obra por el progreso tecnológico; con lo cual daban la sensación a los políticos de que podían abrir la mano a planes de expansión económica sin inflación y sin desempleo, que no dependieran para la formación de capital, totalmente del ahorro ni frenaran la natural ilusión de los sindicatos y de todos los consumidores por mejorar lo más velozmente posible su situación material.

Todas las citadas elucubraciones de los teóricos sobre el desarrollo no crearon una doctrina expresa para marcar rumbo a los políticos, mas fueron la matriz en que se inspiraron los técnicos que forjaron los planes de desarrollo y la última instancia que garantiza el fundamento de la consabida política. Tampoco podían crear doctrina porque había serias dificultades y, a última hora, los resultados teóricos fueron desbordados por la diferencia de velocidad entre el crecimiento de los salarios y el de la productividad tecnológica que tenía que enjugarlos para que no hubiese inflación de precios o desempleo. Pero crearon atmósfera que sirvió de respaldo a la política.

Desembocadura infliacionista

La ciencia económica que se titula moderna y que cuenta con un indiscutible instrumental eficaz para el análisis ofrece tan pocas garantías para guiar la vida económica real como la teoría clásica. Por lo pronto ha servido para embarullar la atmósfera nacional e internacional de la política económica y atraerla hacia un canal inflacionista del que no sabe salir para ordenar la actividad material ni moral de los pueblos. La ciencia económica como un aspecto unilateral y aislado de la conducta social está en ruina como ha afirmado el profesor inglés Shackle; no puede despegarse de otros aspectos de dicha conducta, con los cuales se entrecruza, como el sociológico, el psicológico, el moral, el histórico, el técnico y deja abandonada su integración a los políticos

profesionales y a los hombres de negocios; a los primeros porque, aunque menosprecien los intereses de partido, de clase o de grupo no están formados sistemáticamente para precisar el bien común y, a los segundos, porque se localizan cerradamente en su interés empresarial. Es un problema de formación del propio economista. La falta de conocimiento de datos, que echa de menos Leontief, en el discurso antes citado, para tener siempre actuales los parámetros o bases de sus pretendidos modelos científicos, a fin de que rindan un conocimiento cierto y proporcionen un enfoque realista para orientar la acción, le lleva a proponer que el estudio de esa economía suya, instrumentalista, vaya aliado a la ingeniería y a otras modalidades prácticas que desarrollen su oficio inmersas en la realidad material.

En resumen: que no está en crisis solamente la política económica y que los finos ingenios que están a la cabeza de nuestra ciencia tienen que encararse hoy con una realidad nueva: que la economía de mercado no es ya el campo de observación que hasta ahora delimitó su zona científica y que el mercado carece de la libertad mínima para poder funcionar correctamente y que este problema hay que afrontarlo para crear teóricamente un sistema. Pero éste es ya otro cantar.

La expansión de los milagros

El período de desarrollo acelerado que tanto entusiasma económicamente no representa el ritmo de una evolución secular que asegura la eterna progresión de la riqueza mundial por haber aflorado una explosión tecnológica que ha aportado garantía a los habitantes del globo para que no tengan dentro de poco que ocuparse más que de distribuir el ocio. Es un período excepcional que asoma en el decenio del cincuenta y que presenta muy extraordinarias características.

La primera es la precaria situación material en que quedaron las naciones beligerantes de Europa a la terminación de la segunda gran guerra y que encabezaba todas las preocupaciones de aquella masa humana. Las destrucciones en Alemania, en Francia, en Bélgica, en Holanda, en Italia, en Inglaterra, en gran parte de Europa eran considerables; la desorganización de la producción para el consumo de paz era completa; el afán de los soldados desmilitarizados por volver a su trabajo habitual y aumentar ante todo la productividad era evidente. Se daban, pues, las condiciones para que rigiesen durante un tiempo el incremento de la productividad, la disciplina en el trabajo, el crecimiento del consumo normal y la aceleración de la demanda.

En segundo lugar, el sobrante de producción y el ímpetu tecnológico de Estados Unidos, que podían ofrecer ayuda urgente y en gran escala a países que la necesitaran.

Finalmente, el peligro de que Rusia victoriosa y potente, arrollara con el comunismo a una Europa desmoralizada y sin medios para reconstruir sus economías desvencijadas.

La ayuda americana fue, por tanto, el fulminante que hizo explotar aquella carga de posibilidades que había de abrir la epopeya económica que iba a precipitar a Europa en un materialismo que venía avanzando, aunque a ritmo más lento, en todo el siglo precedente. Primero los llamados “préstamos y arriendos” y después la ayuda Marshall reanimaron las economías empobrecidas y restauraron y modernizaron los equipos y empresas europeos, constituyéndose los Estados Unidos en banqueros del mundo y fuente de recursos internacionales en forma de dólares que podrían ser materializados en mercancías, en servicios o en oro. Toda la arrebatadora fascinación por el progreso material, que hizo feliz a la población europea y salpicó a la de otros Continentes, con la explosión técnica de la década de los 50, fue posibilitada por la rociada de capital y la nueva fe tecnológica que vino exportando Norteamérica.

Ya en la década del 40, al desbordarse la alegría presupuestaria de los ministros de Hacienda, deslumbrados por el hechizo multiplicador de los gastos públicos, que les brindó la teoría keynesiana, cayeron por un precipicio inflacionista similar, pero de mucha menor envergadura que el que amenazaba porque contuvo el resbalón un rápido incremento de la productividad —y, consiguientemente, de la oferta— merced a la ayuda americana y a la explosión coetánea de la técnica, poniendo a los pueblos en pleno desarrollo y en trance de ayudarse unos a otros con la exportación de factores productivos y pagaderos a largo plazo.

Y así se llegó, con los organismos financieros de Bretton Woods —el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial con sus filiales— y con los organismos políticos comerciales —la O.E.C.E. y el G.A.T.T., al primero de los cuales se encomendó la copiosa distribución de recursos del plan Marshall— a presionar un movimiento general de equilibrio de presupuestos y de nivelación de balanzas de pagos internacionales y se comprometieron los Gobiernos a respetar una disciplina financiera y, por tanto, de gastos.

El Fondo Monetario debía proveer de recursos monetarios a corto plazo a los países miembros que tuvieran un desnivel en sus balanzas

de pagos, pero a condición de que se sometieran a la vigilancia de su política económica por los técnicos del Fondo y siguieran sus instrucciones para recuperar el equilibrio entre sus pagos y sus cobros al exterior. Por su parte, el Banco Mundial habría de suministrar capitales a largo plazo para facilitar la reconstrucción de los países subdesarrollados.

Por todos esos cauces de crédito internacional fluyeron dólares principalmente, y el dólar pasó a desempeñar la misión de moneda internacional que, en otro tiempo había correspondido al oro.

Pero al final de la década del 50, los Estados Unidos, complicados sus gastos por la guerra del Vietnam y deteriorada progresivamente su balanza de pagos por la acentuada exportación de las economías cuya reconstrucción y avance ellos habían posibilitado fueron debilitando su potencia comercial y financiera internacional y fue cayendo en déficit su balanza con el exterior. Su dólar iba dejando de representar sobrante de mercancías y servicios, si bien era convertible en oro, del cual poseían el 80 por 100 de las reservas de los Bancos centrales del mundo.

La crisis de liquidez monetaria internacional apareció cuando Estados Unidos dejaron de disfrutar de una firme confianza para algunos tenedores extranjeros, Bancos centrales por lo común, que venían recibiendo dólares en pago de los saldos deficitarios de las balanzas de pagos de aquéllos y empezaron a convertir en oro las reservas de divisas entre 1959 y 1961.

En 1959 los países del continente europeo, especialmente Francia, buscaron refugio en el oro y fueron desembarazándose de dólares. Estados Unidos perdió oro por un importe de 1.070 millones de dólares en 1959 y de 1.700 millones en 1960, continuamente en aumento hasta ascender a 4.000 millones en 1967. Estados Unidos no pudieron resistir la presión de cambio que les amenazaba y recurrieron al Fondo Monetario Internacional, pero del Fondo no podía brotar el torrente de oro que se necesitaba para atender a las reclamaciones que por todas partes se les hacían.

Así nacieron en 1961 los Acuerdos Generales de Préstamo entre diez Bancos Centrales, los cuales se comprometían a no seguir reclamando oro y a proveer un suplemento de hasta 6.000 millones de dólares a los recursos del Fondo. Cualquier miembro podría pedir ayuda a otro. En el mismo año, ocho importantes Bancos Centrales, a través del Banco de Pagos Internacionales de Basilea, se comprometieron a abrirse crédito mutuamente para proteger a cualquier moneda que es-

tuviera sometida a presión especulativa; créditos que se tramitarían por medio del citado Banco y serían también de plazo relativamente corto.

En 1962 se adoptó el acuerdo, entre los principales Bancos Centrales, de facilitarse mutuamente operaciones “swap”, o sea, dobles —venta al contado y compra a plazo—. En esta forma de préstamos circunstanciales, cualquier Banco Central podía ayudar a otro sobre base bilateral.

Hubo que recurrir en 1970 a la creación de un dinero internacional llamado “Derechos especiales de giro”, que sería emitido por el Fondo Monetario Internacional. A cada uno de los miembros del Fondo se le asignaría un “Derecho especial de giro” proporcionado a su cuota en el Fondo. Durante 1970 serían emitidos 3.500 millones de dólares y 3.000 en cada uno de los años siguientes. Esta era una solución provisional, por la cual las reservas internacionales estarían constituidas por oro, dólares, créditos del Fondo Monetario y “Derechos especiales de giro”.

Sin embargo, siguió la invasión de dólares en Europa, complicándose más todavía con la aparición de los llamados eurodólares, por créditos que se abrían en los Bancos establecidos en Europa —especialmente sucursales de Bancos norteamericanos— con los depósitos en dicha moneda en ellos existentes. Y arreció la campaña contra el dólar, decidiéndose los seis países del Mercado Común a desconectarse de tal moneda de reserva y estudiar un plan de integración monetaria europea que desembocara en una moneda propia como fuente de liquidez, independiente del dólar; estudio que dio lugar al llamado plan Werner que exigía un período de implantación de diez años y estaba en proceso de dificultosa ejecución en dicho Mercado; cuando inesperadamente el Presidente de Estados Unidos, Mr. Nixon, declaró inconvertible en oro el dólar el 15 de agosto de 1971 y derrumbó todo el artificio monetario internacional que venía funcionando y hacía posible el inagotable surtido de crédito que venía funcionando en vena de desarrollo.

Y en esa fase de confusión vive hoy la economía del mundo: trompicándose la paridad de las monedas, sosteniéndose las producciones con la droga inflatoria e intercambiándose comercialmente los países en pura especulación.

¿Se volverá al desarrollo desbocado?

En el supuesto de que se normalice la economía internacional y se restablezca un equilibrio entre la producción y el consumo en el mundo ¿qué probabilidades habría de que resurgiera un período eufórico de

desarrollo material semejante al que hemos presenciado en el último cuarto de siglo? Hacer profecías en esto es harto aventurado, pero podría correrse el riesgo de vaticinar que, para que tal ocurriera, tendrían que cambiar muchas circunstancias y tendría que pasar mucho tiempo. Las condiciones que en lo futuro pueden atravesarse para que no den el parón al desarrollo, única ni principalmente, las predicciones matemáticas de aire malthusiano que vienen haciendo sobre crecimiento demográfico y maltrato de la naturaleza, centros de investigación como el Instituto de Tecnología de Massachusetts, con ser de gran fundamento y haya siempre que tenerlas en la lejanía del pensamiento, son varias y podrían agruparse del siguiente modo: *a)* limitaciones por razón de salud pública; *b)* limitaciones que exige la paz social; *c)* limitaciones educativas, tanto en el orden técnico como en el espiritual; *d)* limitaciones que impone la adaptación de los nuevos elementos de producción a la situación, medios de transporte, salubridad y demás obligaciones que reclama el bien común, y *e)* limitaciones que fuerce la rebelión del Tercer Mundo.

Lo más urgente, peligroso y apremiante es cuanto afecta a la salud, a la vida de los habitantes del orbe civilizado. Es evidente que no se puede vivir en las ciudades, ni en los distritos industriales; en las primeras, por la contaminación del aire por automóviles y chimeneas de fábricas y calefacciones, además de por hacinamiento de migrantes que huyen del campo, porque la política de desarrollo desacompañado les ofrezca atractiva sugestión y les facilite créditos para que anticipen la compra de viviendas nuevas y mecánicas comodidades. Y, en los segundos, por el envenenamiento de la atmósfera en que están envueltos.

Este problemas de que aire, ríos y mares emponzoñados nos vayan restando elementos de vida y socavando nuestra existencia física se agravará de día en día y pedirá cuentas, en breve plazo, a la orgía especulativa del desarrollo. Y no nos engañemos con que la técnica puede sacarnos fácilmente de apuros para ir remediando tamañas calamidades, porque el coste de lo que hasta hoy se viene inventando para sanear el aire es tan elevado que reclama seriamente muchos de los medios del desarrollo en planeamiento.

Sobre las limitaciones que la pacificación social requiere para evitar tumultuosos y sucesivos paros en las empresas y en las profesiones, lo mismo privadas que públicas, porque el desarrollo incita con sus inflaciones a seguir los pasos ascendentes de los precios y porque la masa proletaria no tiene interés alguno en evitar que el régimen de producción actual se vaya al garete, no puede dudarse. Unas huelgas y otras

huelgas están pregonando que las estimaciones que se hacen por la ciencia econométrica sobre la base de que el castigo industrial de la naturaleza, por vías del desarrollo alocado pueda ser más o menos duradero, es muy cuestionable; en cambio, cabe conjeturar, con más acierto, que el drama social, que se va enconando, limite más la reproducción de la etapa alborotada del avance material de los años 50 ó 60 que el clima social de aquellos tiempos de la posguerra.

Que el cuidado de la educación habría de restar en el futuro recursos de inversión a otra orgía de especulación financiera es de esperar y de desear en lo por venir, así en la formación profesional como en la cultural y moral. Especialmente en esta última, como no surja y se propague prontamente y con fuego una reacción de fe, una reacción religiosa contra esa racha de negaciones y violencias que pretende arrancar de cuajo toda norma depurada y tiene al alma recluida entre las cinco paredes de los sentidos no fluirá solidaridad humana, y tendrán los pueblos que levantar cruzada para hacer posible el gobierno y la convivencia social. Que el problema educativo va acuciando imperativamente a las gentes responsables lo prueba el hecho de que el Banco Mundial pone hoy al frente de sus ayudas para fomentar desarrollos el objetivo educacional.

En el propio terreno estrictamente económico, cuando ya la idea de que no tiene sentido lanzar el desarrollo en tromba por la consecución de antojos personales y dejar en patente retraso los gastos públicos de infraestructuras, seguridad y saneamiento que han de servir de base adecuada al transporte, a los viajes y al vuelo y, en general, al uso de todos los juguetes que corren tanta prisa al recreo humano. Lo más probable es que de día en día y de plan en plan se resten al glorioso nivel de felicidad que trae la técnica más millones para ir desarrollando con orden el famoso nivel de vida que es actualmente nuestro sueño.

Finalmente, es más probable que cada día que pasa ponga límites al desarrollo lo que se llama el "Tercer Mundo". Por lo menos puede que haga que el desarrollo se extienda con bastante más amplitud y mucha menos caprichosidad por ese mundo que hoy no es más que un residuo de la humana sociedad a la que sólo puede ofrecerle materias primas y servicios ruines. Al fin y al cabo, naturaleza tan maltratada como tierra, mar y aire es la masa de semejantes nuestros que malviven en otros continentes y —hasta el presente se han dejado explotar a mansalva— y luego se les ha dejado volar por su cuenta repentinamente.

Este "Tercer Mundo" va a golpear a la puerta del bienestar con rudeza y con apremio porque el contraste de su situación material con el

de los países europeos —a los que empieza a ver como iguales en la esfera jurídica internacional— es impresionante. De lo que es ese mundo darán idea las siguientes palabras del presidente del Banco Mundial, Mr. McNamara, pronunciadas en la reunión de Bancos Centrales Latinoamericanos, en octubre de 1972:

“En diez países con un ingreso ‘per capita’ medio de 145 dólares, el 40 por 100 más pobre de la población percibe un ingreso ‘per capita’ de sólo 50 dólares.

”En otros diez países con un ingreso ‘per capita’ medio de 275 dólares, el 40 por 100 más pobre de la población percibe un ingreso ‘per capita’ de sólo 80 dólares.

”Es muy difícil llegar a comprender estos problemas en su realidad cotidiana y concreta.

”Cuando manifestamos que de los 500 millones o más de personas que viven en el subcontinente indio, unos 200 millones subsisten con ingresos que como promedio son inferiores a 40 dólares al año, ¿cómo podemos comprender lo que ello supone realmente? Se calcula que si la India tuviera que depender exclusivamente del crecimiento del ingreso nacional para resolver sus enormes problemas de nutrición, transcurrirían más de treinta años antes de que el tercio más pobre de su población pudiera costearse un régimen alimenticio adecuado.

”Asimismo, cuando decimos que de los 2.000 millones de personas que viven en los países miembros en desarrollo, del Banco, casi dos tercios, unos 1.300 millones, pertenecen a familias rurales, y que de éstos aproximadamente 900 millones tienen ingresos anuales medios de menos de 100 dólares, ¿a qué marco de referencia debemos recurrir para que este hecho tenga significado? Lo que estos hombres ansían es trabajo que asegure su existencia, alimento para su familia, y un porvenir para sus hijos. Buscan la simple satisfacción de trabajar hacia la consecución de algo mejor: el fin de la miseria y el comienzo de la esperanza.”

La cuestión se halla, pues, planteada como vital y urgente preocupación, en el organismo internacional especializado en el crédito de asistencia a naciones poco desarrolladas; institución que viene reclamando desafortunadamente en estos años últimos que las naciones industriales hagan los máximos esfuerzos por facilitar inversiones desinteresadas a un mundo que es esencial manumitir para que vaya acreciendo su concurso activo a la fecundidad global de la civilización.

Asimismo, la ha llevado con mucha resolución al Mercado Común de Europa el delegado de Holanda, ministro socialista, Sicco Mansholt,

a quien aludió tanto días pasados, en su brillante intervención en esta Academia, nuestro querido compañero el Conde de Motrico. Basándose en el informe del Instituto de Massachusetts, Sicco Mansholt hizo, en carta dirigida el 9 de febrero del pasado año, al presidente de la Comisión de la Comunidad en Bruselas, las siguientes sugerencias, frente a la situación demográfica del mundo:

"1) Una prioridad a la producción de alimentos, invirtiendo también en los productos agrícolas considerados 'no rentables'.

"2) Una fuerte reducción del consumo de bienes materiales por habitante, compensada por el aumento de bienes incorpóreos (previsión social, desarrollo intelectual, organización del tiempo libre y de las actividades recreativas, etc.).

"3) Prolongación de la duración de vida de todos los bienes de equipo, impidiendo el despilfarro y evitando la producción de bienes 'no esenciales'.

"4) Lucha contra la contaminación y el agotamiento de materias primas mediante la reorientación de las inversiones hacia la reutilización y las medidas anticontaminación, lo que conducirá naturalmente a una desviación de la demanda y, por consiguiente, de la producción."

Más no va a ser solamente por conmiseración por lo que sería inevitable desviar con apremio inversiones para atender al "Tercer Mundo", sino también por la presión internacional que éste irá desarrollando, así en el orden político como en el económico. En Indochina, en el cercano Oriente, en Iberoamérica resuenan constantes alabanzas para atraer la atención de los pueblos industriales hacia necesidades más graves y perentorias que las que se ha pretendido satisfacer con el desarrollo que se estudia en el presente trabajo.

Por otra parte, dichos países vienen ya creando dificultades a su explotación colonialista, con las nacionalizaciones de empresas extranjeras y las exigencias que van oponiendo al aprovechamiento de sus primeras materias por las potencias industriales.

Conclusión.

De lo expuesto se deduce: El acelerado desarrollo económico que arrebató a la sociedad de consumo después de la segunda guerra mundial, creando una nueva fe —la fe en la tecnología y en un progreso material sin fin e inmediato— tuvo por base una situación anormal de la economía, de la política internacional y de la atmósfera laboral de

los países de Europa y de la potencia tutelar norteamericana, que contaba con recursos técnicos y materiales para ayudar a la reconversión de la producción de guerra.

La política apretó con exceso el acelerador del consumo y éste rebasó el ritmo de aumento de la productividad; y se cayó por la pendiente de la inflación, de los desequilibrios comerciales y de la desorganización monetaria internacional. Estados Unidos renegó de su oficio de banquero del mundo, y dejó en suspenso un pasivo de 80.000 a 90.000 millones de dólares, muchos de los cuales sirvieron para comprar negocios que servían para aplacar la voracidad de la sociedad de consumo. Y por ahora no hay quien ordene el desbarajuste. La teoría económica, desde luego, no parece estar en vena de poder ofrecer la mágica solución.

Además, han surgido demasiadas complicaciones en el último cuarto de siglo para no poner en tela de juicio la política de desarrollo y no va a ser nada fácil volver a un desarrollo vertiginoso de los países privilegiados que andan en coche ¡ni a nadie que tenga cultura y conciencia le va a seguir sugestionando que la sociedad humana pueda perfeccionarse únicamente convirtiendo al hombre en un fragmento de su propio ser, en lo que es solamente cuerpo!